

*Abrir el corazón lleno de nombres*, de Concha Ortega

Reseña literaria: Aurora Gámez Enríquez

*Y ensayo en mi paleta el azul de una ola,  
el rojo de una rosa..., y escribo poesías*

Concha Ortega

Nos encontramos con la obra poética de Concha Ortega, bien medida, exquisita en su composición y presentada en un libro con una estética personal de carácter intransferible. Como bien dice en el prólogo, Vicente Mazón Morales, la poeta enraíza sus versos con “la honda tradición lírica de la poesía conmemorativa o de celebración que nace con el mismo género “. Y es que Concha Ortega hace un homenaje a quienes admira profundamente *Con nombre propio*, a la amistad, las compañeras que han sido compañeras y compañeros de profesión *Docentes y amigos*, a su querida familia *Celebraciones* y un capítulo punzante a las inevitables *Ausencias*.

*Abrir el corazón lleno de nombres. Con nombre propio / Docentes y amigos/ Celebraciones/ Ausencias*. La poesía de Concha Ortega, autora andaluza, se inscribe en una tradición lírica que entrelaza la musicalidad, la evocación sensorial y la celebración de la memoria. Con una cadencia medida y un lenguaje refinado, sus versos transmiten un sentido profundo de la contemplación y el homenaje, tanto a la poesía como a la existencia misma. Los sonetos *Callada melodía* y *A Antonio Carvajal* muestran un dominio técnico de la métrica clásica, con endecasílabos que fluyen con naturalidad y rimas consonantes bien ejecutadas. La musicalidad es un elemento clave en estos poemas, no solo en su ritmo medido, sino en las referencias explícitas a la música (Bach, el sonido del oboe y el clave), lo que refuerza la atmósfera de armonía y belleza serena. El poema se inscribe en una tradición de diálogo con otros creadores. *Callada melodía* rinde homenaje a Antonio Carvajal Milena, poeta granadino reconocido por su maestría en la métrica. La autora establece un juego de espejos entre la lectura del soneto de Carvajal y la experiencia sensorial del atardecer, creando un efecto de comunión poética y espiritual. En *A Antonio Carvajal*, este homenaje se amplifica en un contexto de aislamiento pandémico, resaltando la poesía como un refugio y un vínculo afectivo a distancia. Por otro lado, *A Rosa Díaz* ofrece un retrato poético de una mujer enraizada en sus costumbres y valores. Con imágenes sensoriales -el olor de la albahaca, el romero, la luz que ilumina-, la poeta construye un personaje que se define por su arraigo, su autenticidad y su resistencia moral. Este poema, de estructura más libre, mantiene la fluidez rítmica a través de la anáfora y la enumeración, logrando un tono de respeto y admiración.

Los temas centrales del poemario de Concha Ortega son: memoria, resistencia y trascendencia. Los poemas evocan la memoria a través del paisaje y los objetos cotidianos, dotándolos de un simbolismo profundo. Se percibe una mirada nostálgica, pero no resignada; al contrario, la poesía se erige como un acto de resistencia frente al tiempo y las adversidades. La figura de la mujer en el último poema se presenta como un símbolo de fortaleza, arraigada en la tradición, pero con una conciencia crítica del presente. Esta obra poética se distingue por su equilibrio entre lo clásico y lo contemporáneo. A través de una estructura cuidada y un lenguaje evocador, la autora logra

transmitir una sensación de armonía y permanencia. Sus versos no solo celebran la belleza, sino que también funcionan como un testimonio de resistencia y memoria, consolidando una voz poética de notable sensibilidad y profundidad.

La poesía de Concha Ortega puede compararse con la obra de otras autoras que han cultivado una lírica de homenaje, memoria y musicalidad. Su poesía dialoga con la de autoras como Juana Castro, Clara Janés y María Victoria Atencia, aunque se distingue por su especial énfasis en la musicalidad, el homenaje poético y la conexión sensorial con el entorno. Con Juana Castro (España, 1945-), poeta cordobesa, comparte el uso de la tradición poética andaluza y la importancia del paisaje como elemento simbólico. En obras como *Fisterra* o *Cartas de enero*, Castro entrelaza la naturaleza con la memoria y la identidad femenina. Ambas autoras utilizan imágenes sensoriales intensas (aromas de hierbas, la luz del atardecer) y un tono intimista para evocar la trascendencia de lo cotidiano. Sin embargo, mientras que Ortega tiende a la musicalidad y la métrica clásica, Castro explora con más frecuencia el verso libre y la experimentación formal. Con Clara Janés (España, 1940-), en libros como *Los secretos del bosque* o *Arcángel de sombra*, muestra una poesía que, al igual que la de Concha Ortega, se caracteriza por un lirismo profundo y una gran influencia musical. Ambas poetisas dialogan con otros creadores y tradiciones (Ortega con Antonio Carvajal, Manuel Gahete, José Sarria, Rosa Díaz y Carlos Murciano, mientras que Janés interpela a poetas persas y místicos). No obstante, Janés tiende más a lo metafísico y al misticismo, mientras que Ortega mantiene un vínculo más directo con la memoria personal y la cotidianidad. Sin embargo, la malagueña María Victoria Atencia (España, 1931-), es quizá una de las poetisas con las que más afinidad tiene Concha Ortega. Ambas manejan una poesía de gran refinamiento formal, con un fuerte arraigo en la tradición clásica y en la musicalidad del verso. Atencia, en libros como *El puente de hierro* o *Las contemplaciones*, también trabaja la memoria, la luz andaluza y el homenaje a figuras femeninas. Sin embargo, Atencia suele construir una atmósfera más simbólica y enigmática, mientras que Ortega apuesta por una claridad emotiva y una conexión más tangible con lo cotidiano.

Concha Ortega se inscribe en una tradición poética que combina el clasicismo formal con una sensibilidad contemporánea hacia la memoria y la identidad.